

México: el nuevo contexto

Fausto Burgueño Lomelí*

Hoy se vive una de las crisis económicas más graves y más profundas de carácter mundial, también se viven cambios extraordinarios en los diferentes campos tanto capitalistas como socialistas. La velocidad extraordinaria de estos cambios, y su complejidad parecieran indicar que en el umbral del siglo XXI y al inicio de un nuevo milenio, una nueva era y la nueva fase mundial que hoy se inicia, nos obliga a contemplar y analizar la velocidad y la complejidad de estos acontecimientos con una nueva mentalidad económica y política, que exige de nosotros, el mayor esfuerzo y la mayor inteligencia para su entendimiento y dentro de eso la com-

presión de nuestros graves, profundos e históricos problemas nacionales que nos permitan establecer las nuevas estrategias de desarrollo, dónde al mismo tiempo que nuestras economías se vinculen de manera diferente a los cambios internacionales, también se promuevan, desarrollen y amplíen los parámetros de una economía y una sociedad más justa, más soberana, más libre, más independiente y más popular. El desafío no es fácil, es sin duda complejo, pero ambos aspectos no están separados sino que forman parte de un todo necesario.

La estrategia fundamental, de la reflexión es la de vincular la democracia económica y la democracia política como vertientes hoy fundamentales y necesarias para el nuevo orden que se establece en el mundo. Ante esta situación, están presentes sin duda muchos factores que son preocupantes y que debemos de revisar; entre ellos, la existencia y presencia de los nuevos bloques económicos y la redefinición de los mercados que imponen una nueva división internacional del trabajo en la que pareciera ser, para decirlo en nuestros términos, que México y América Latina, de nuevo, se les preestablece un papel marginal ante las nuevas condiciones mundiales. Consideramos que ante este desafío, México y América Latina como un problema regional, necesitan avanzar en propuestas globales, para la zona, en las que no se acepte jugar de nuevo ese papel subordinado que hasta hoy se sigue imponiendo a nuestra región.

Por eso, pensamos también que América Latina y México deben tener un papel protagónico fundamental ante los cambios mundiales, que quizá este es el mayor y más importante desafío. Las posibilidades no son fáciles, baste simplemente recordar en forma breve, cómo la región latinoamericana y México en particular, vienen de padecer y sigue sufriendo un grave deterioro económico y social, y si bien pareciera ser que inicia una nueva fase de transición, en ésta se hace obligado discutir y debatir en la Nación, cuál, cómo y con quién debe realizarse este proceso de actualización y transformación que requiere la economía y la sociedad. El problema es complejo, la región latinoamericana tiene cuando menos, quince años perdidos de crecimiento y de

desarrollo; hoy vive en una contracción económica profunda y con graves desequilibrios, desarticulación productiva, desindustrialización de sectores y ramas, disminución de su participación en el mercado mundial, pérdida relativa de los términos de intercambio, atraso tecnológico, desequilibrio comercial y de Balanza de Pagos, 70 millones de desempleados, 120 millones que viven en la pobreza, transferencia de recursos al exterior, la fuga de capitales, tasas de inflación de 1 000% como promedio, una deuda externa superior a los 400 mil millones de dólares (mmd) y en lo político fragilidad de la democracia. En este entorno, las tareas que como economistas e intelectuales tenemos, son sin duda, fundamentales y de gran importancia. Si incorporamos esta realidad a lo que parece ser un papel preestablecido para América Latina ante los nuevos bloques económicos vale hacer de nuevo un llamado de alerta a nuestra región y a nuestros pueblos. Es por eso que, hoy más que nunca recordar el pensamiento bolivariano es trascendental, planteamos la necesidad de rescatarlo junto con el de los mejores intelectuales de América Latina desde Bolívar a Morelos, desde Juárez hasta Martí o a pensadores latinoamericanos más recientes. Aunque parezca utopía, hemos insistido en la hoy mayor importancia de plantear y replantear la unidad y solidaridad latinoamericana.

Avanzar bajo los nuevos principios de la cooperación económica y la integración latinoamericana. En lo económico, en lo tecnológico, en lo comercial, en lo financiero y en lo cultural que nos permita ampliar y fortalecer las nuevas formas de acción que requiere la región. En este entorno de adversidad de la unidad e integración latinoamericana, estamos tan convencidos en el sentido de que un país por sí solo no podrá responder a los grandes desafíos a que hoy se enfrenta, y que por lo tanto, la unidad y las nuevas formas de integración de nuestra región son pues indispensables, y entre ellas, pensamos que quizá valdría la pena cuando menos reflexionar o preguntarnos en la posibilidad de insistir en que se avance entre otras cosas, en un acuerdo global sobre la deuda y las nuevas formas de financiamiento, en el establecimiento de nuevos acuerdos co-

* Director del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.



merciales y de cooperación científico-tecnológica, en comunicaciones y en los servicios. En la creación de un sistema de unidad monetaria-financiera latinoamericano, en la creación de un banco latinoamericano para el desarrollo, en el establecimiento y acuerdos de políticas de inversión productivas conjuntas, en la creación de empresas multinacionales, y en la creación de un parlamento latinoamericano.

México, más allá de estos elementos que se debaten, y otros más que debieran estar presentes, estamos convencidos, que puede y debe ser parte de la vanguardia de América Latina. Entre otras cosas quizá valiera la pena pensar en que no partimos de cero y la posibilidad de ampliar el Grupo de los Ocho y avanzar sobre los Acuerdos de Cartagena, así como avanzar con la propuesta del Sistema Económico Latino Americano, cuando menos nos puede señalar que hay caminos abiertos que requieren insistirse, fortalecerse y ampliarse; de no hacerlo, al menos en mi opinión, ningún país, ni México ni Brasil, ni Venezuela ni Colombia, ni Chile ni Argentina por sí mismos, podrán dar respuestas a los graves problemas que la región hoy enfrenta.

México, está dentro de este gran desafío y está también por lo tanto a debate el papel que debe jugar en su transformación ante el umbral del nuevo milenio. Se acentúa la necesidad de rediscutir las formas de actualización y fortalecimiento en un proceso de transformación de la planta productiva nacional. La necesidad también de replantear el fortalecimiento del mercado interno y de una redistribución del ingreso. La importancia de incrementar la inversión, fundamentalmente la productiva, en la búsqueda de combinaciones donde la tasa de crecimiento tenga una relación directa entre la tasa de inversión y la relación capital-producto, que permitiera aplicarse bajo un diagnóstico correcto, una planeación nacional y regional, las formas concretas que permitan productividad y transformación y cuantificar los recursos necesarios para la misma. En mi opinión, se hace también indispensable dentro de estos aspectos, una política definida y clara de desarrollo en la ciencia y tecnología. Consideramos que cualquier proceso de transformación re-

quiere necesariamente de la producción del conocimiento y, particularmente, la producción de conocimiento científico-tecnológico. A final de cuentas, quizá valga la pena recordar que cualquier proceso de producción que queramos llevar a cabo tendrá que estar definido sobre las nuevas bases y las nuevas características del desarrollo de las fuerzas productivas de nuestro país.

Tendrá esto también que estar vinculado con el rescate y defensa de nuestra cultura, de nuestra tradición y de nuestra historia; y fundamentalmente, creo también, deberá estar vinculado y definido en su proceso en la ampliación de la democracia tanto en lo económico como en lo político y social. Una democracia y una justicia social que nos permita en el proceso de transformación, llegar a un país más libre y soberano, nacional y popular, en la que no perdamos la perspectiva y tengamos el cuidado de no pasar de una pobreza de la democracia, a una democracia de la pobreza. Ahí, el Estado Nacional en mi opinión, debería de jugar un papel fundamental como conductor, garantizador y organizador del proceso nacional. Es un mito señalar que en otros países el Estado no está presente. En mi opinión no es el punto a discutir, e incluso es un proceso casi irreversible. El Estado está presente incluso en los países más conservadores. Nuestro país, en su rescate histórico y tradicional no puede abandonar el papel del Estado como organizador del proceso nacional. Como un proceso irreversible, cuyo tamaño no es lo fundamental, sino que en todo

caso, la discusión está en su importancia, en su carácter y en su función rectora. Un Estado que se pretenda que sea solamente un Estado asistencial, sería a final de cuentas, el regreso a un nuevo cuño de paternalismo mucho más grave y más pernicioso para el desarrollo nacional. Ante la fuerza del mercado y aún ante sus pretendidas libres fuerzas (en las que nadie cree), es necesario que el Estado controle y dé cauce a las mismas teniendo el debido cuidado de que sea dentro de un marco y dentro de un proyecto nacional y soberano, justo y libre; en donde el Estado mismo, junto con la sociedad nacional mexicana, tenga el derecho a construir su propio destino, en la que el bienestar del pueblo y su desarrollo le den origen y destino, necesidad y existencia. Un Estado capaz de asumir y organizar en el más amplio marco de la democracia posible y necesaria y que dentro de esto, tenga el más amplio y claro sentido progresista, que esté vinculado a las nuevas necesidades de transformación económica, política, social y cultural que requiere el país y la sociedad mexicana, sobre todo ante los nuevos desafíos y el nuevo milenio. En ello, sólo un nuevo Estado y una nueva sociedad organizada en una sociedad que participe en todos los ámbitos de la vida nacional que haga posible la construcción de un nuevo México más justo, más nacional, más libre y más soberano. A final de cuentas, quizá valga la expresión, es necesario que pasemos de un sistema de irresponsabilidad organizada a la responsabilidad organizada. El país y la sociedad mexicana, hoy lo requieren.

